

El amor de caridad en el siglo XX

El amor humano tiene por fuente, como es sabido, una relación de semejanza. Esta semejanza se siente con tanta mayor intensidad cuanto más elevada es la calidad moral del agente.

La mayoría de los hombres miran a sus hermanos, no como compañeros que hacen una misma jornada, sino como algo extraño u hostil de que hay que recatar o defenderse.

El odio es hijo de la incomprensión y se basta por sí solo para envenenar la vida. Y entre los odios, el peor de todos es el odio a los hermanos consanguíneos o afines, tan practicado por muchos compatriotas nuestros, indignos de haber nacido en España.

El odio y la envidia, dentro de una misma casa, son promotores del delito, y quien lo dude, lea nuestra historia que es la historia de las contiendas domésticas. Si el amor es siempre promesa de placer, como afirma Stendhal y nosotros creemos, no se comprende que labremos nuestra desdicha, permitiendo que la carcoma del rencor roa lentamente nuestro espíritu.

La venganza será un placer de los dioses para muchas almas de pagana estirpe, pero es un placer hartamente triste y satánico amasado con lágrimas, insomnios y remordimientos.

El que sabe perdonar, es dos veces vencedor: de sus pasiones y de sus enemigos. Claro que estas victorias se pagan a muy caro precio, pero en el orden ético, como en todos los órdenes, solo vale mucho lo que mucho cuesta. ¿Qué valor moral tiene amar al bueno? Lo virtuoso, lo selecto, lo verdaderamente cristiano, es amar al malo por compasión de su maldad, como lo supo amar Jesucristo y un puñado de imitadores gloriosos de su magnífica obra de redención.

Escarneciendo o exasperando al malo, se le hace peor. De un latigazo aplicado al rostro de un esclavo, surgió el nihilismo.

El odio, solo odio produce, y los hijos de los humillados de hoy serán los tiranos de mañana. El amor de caridad, iniciado por Jesús, es a modo de tutela de almas, y el desgraciado, el perverso, el rebelde, están más necesitados de aquella que los fuertes, ecuanímenes y disciplinados que respetan la ley.

Nada más cristiano, ni más elevado, que vencer la repugnancia instintiva que nos inspiran muchos hombres malvados y aspirar a

estimarlos como quisiéramos que fuesen, comenzando por compadecerlos por ser como son.

¿Dónde están y cuantos son los cristianos que así proceden? Muchos ignoran que el verdadero amor tiene más de libre donación que de permuta, hablando en términos de Derecho, y les parece más humano un Tenorio ultrajando doncellas y frecuentando burdeles, que una Isabel de Hungría curando leprosos.

El amor de caridad es el menos egoísta y por ello es el más raro. En compensación es el más pródigo en contento espiritual y además no conoce el hastío. El caritativo puede decir con el alto poeta:

No me tienes que dar porque te quiera,
porque si cuanto espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

El Nazareno pintó el amor de caridad en muchas solemnes ocasiones, y más que pintarlo lo supo vivir, dando el más admirable de los ejemplos.

«Haced bien por vuestros enemigos; orad por los que os persiguen».

¡Que le vayan con estas máximas a un bolchevista, a un usurero o a uno de esos salvajes que en cierta población de cuyo nombre no quiero acordarme, demolieron la estatua, con justicia erigida, a un gran escritor y hombre óptimo! (El padre Coloma).

«Todo lo que hagais al más miserable de los hombres, será como si a mí me lo hiciérais».

Tampoco estas sublimes palabras serán bien comprendidas por esos católicos fútiles y ostentosos que llamaré «ritualistas», porque solo se pagan de fórmulas y oraciones sin tener en sus adentros vena fecunda de piedad.

No han aprendido a identificar su alma con la de sus semejantes y las cuitas ajenas son ineficaces a contraer un solo músculo de sus rostros ni a interrumpir el acordado ritmo de su corazón.

¿Qué pensarán esos espíritus farisáicos de la abnegación de un Juan de Dios; del heroísmo cívico de un Costa, un Maura o un Primo de Rivera, del ardiente apostolado de un Vicente de Paul o los santos afanes y vigiliias de un Manjón?

No, señores católicos de similar, adoradores de formas más que de esencias cristianas; catones de guardarropía, jueces implacables con los pecados livianos e indulgentes con la alta criminalidad solapada, que encendeis una vela a Dios en público y cien antorchas a Sodoma en privado; no es cristiana vuestra conducta ni en vuestro

cerebro de rumiantes hay una visión clara y profunda del gran pensamiento de Jesús.

No habéis aprendido a querer por deber ni por caridad y solo conocéis la religión periférica, aquella religión falsa que flagelaba San Mateo al hablar «de los que se ponen a orar y gemir en los cantones de las calles para ser vistos de los hombres.

Ya estoy oyendo de los labios de algunos «amigos» las consabidas frasecillas: ¡qué hiperbólico es este Santacruz!, ¡qué cursil, venir a hablarnos ahora de amores que solo acusan una sensibilidad hipérestésica!

Acaso estén en lo cierto, pero francamente, por mucho que en ello pienso, no veo modo alguno de idealizar ciertos actos en que el propio Platón, mi criada y yo procederíamos de la misma manera.

Cantar el amor de caridad y buscar sus raíces en ese gran imperativo ético y cordial del Cristianismo, llamado sacrificio, es cosa imperdonable en estos libidinosos tiempos.

Apesar de todos los pesares, creo que los numerosos matrimonios desdichados que conozco lo son por haber mirado el amor como un mero intercambio de caricias, como una junta de fortunas o renta vitalicia de placenteras expansiones.

Hay que enseñar a esos ilusos que el matrimonio es algo más elevado y puro que un asalto a la honestidad femenina, dado con guante blanco y sombrero de copa, el matrimonio es un alto deber social por el que no solo aseguramos la vida de la especie y mantenemos la caridad de la familia, sino que servimos a la patria ofrendándole ciudadanos sanos y fuertes capaces de amarla y enaltecerla. Tan es así que en los pueblos donde la religiosidad sea cosa harto más grave y honda que vana cantilena u oración a flor de labio, el matrimonio debe estar defendido de toda impureza por la severa policía sanitaria de una legislación previsorá.

Dios nos mandó que nos multiplicásemos, pero no nos dijo que engendráramos *avariósicos*, *epilépticos* y monigotes humanos con rostro y estructura de gorilas.

Y porque el verdadero amor es caridad, no debe permitirse el matrimonio a los que solo pueden transmitir a sus descendientes el triste legado orgánico de la depauperación y la miseria.

¡Cuán necesitados estamos de ese amor de puro abolengo divino; de ese espíritu sagrado que devuelve bien por mal y perfuma como el sándalo el hacha que lo hierel

¡Cuán faltos nos hallamos de ese criterio de recta y generosa comprensión que vá en nuestros semejantes peregrinos que marchan a un destierro ignoto y tal vez trágico por caminos de dolor!

Hace bastantes años que el autor del magnífico discurso sobre la Biblia, el ínclito Donoso Cortés, intuyendo el porvenir con mirada genial, dijo estas palabras, mezcla de lamentación y profecía: «Los ricos están perdiendo la caridad y los pobres la paciencia».

El estado actual de Europa y de casi todo el mundo conocido dá la razón al Marqués de Valdegamas.

Guerras dictadas por el despecho o por la codicia, bloqueos implacables en que se regatea el pan nuestro de cada día no solo al enemigo sino al neutral y al desamparado, conatos de aplastamiento de pueblos laboriosos, despiadados bombardeos de ciudades donde antaño resonaban más los estruendos del taller que el estampido de las bombas, rugidos de odio en palacios y campiñas, el derecho amancebado con la utilidad y la libertad sirviendo de pretexto a tremendas injusticias, las pequeñas faltas cruelmente castigadas y los atentados a la propiedad y la vida coronados como diría el autor insigne de «Las Cavernas de Plutón».

La humanidad no ha aprendido aún a perdonar, aún no sabe ser caritativa.

Si hoy viviera con vida corporal aquella egregia Carmelita descalza que se llamó Teresa de Cepeda, recordaría, al contemplar el estado del viejo continente, su profunda definición del infierno: «un lugar donde no se ama».

Pascual Santacruz

